

El testigo, el perpetrador y la víctima

Nelson Rivera* entrevista David Bankier**

A lo largo de dos semanas, en 2006, investigadores, docentes, periodistas y expertos de Latinoamérica participaron, en la milenaria ciudad de Jerusalem, en el Seminario 'Memoria del Holocausto y los dilemas de su transmisión', organizado por Yad Vashem, Autoridad para la Recordación de los Héroes y Mártires del Holocausto.

En ese contexto se produjo la siguiente entrevista a David Bankier, autor y editor de *La Europa nazi y la solución final* (Editorial Lozada, Madrid, 2005), y profundo estudioso del nazismo, el antisemitismo y la judería en Europa y Latinoamérica.

Además de su actividad como catedrático de los estudios del Holocausto en la Universidad Hebrea de Jerusalem, Bankier es Jefe de Investigación del Holocausto en Yad Vashem.

Nelson Rivera: Existe una idea muy establecida con respecto a la memoria, y es que ella es una obligación moral, un imperativo. En el caso del Holocausto esto parece ser más rotundo. ¿Cómo manejan los investigadores de la Shoah este peso, esta obligación que se propone como un fundamento ético?

David Bankier: No es un problema porque en muchos casos es la memoria lo que nos motiva a trabajar justamente en este tema y no en otro. Podrías decir, ¿por qué no te dedicas a trabajar sobre la campaña de Julio César en Galia o los Samurai en Japón? Hay muchas opciones en la Historia, y yo creo que es justamente el elemento de la memoria, el compromiso con la memoria lo que me motiva a trabajar en este tema.

NR: En el caso del Holocausto, la memoria de los sobrevivientes parece tener un peso, un valor muy grande dentro de la ecuación de todos los recursos historiográficos. ¿Lo tiene en efecto? ¿Cómo combina usted el uso de las diversas fuentes a mano?

DB: Yo casi nunca uso la fuente de los sobrevivientes. Es una fuente problemática, debido a toda clase de variables que están en juego. Un documento nunca cambia de idea. Un testimonio, como tu bien sabes, sí. Lo que yo testimonie hoy, no sé si lo podré reproducir mañana. Puede ser que cambie de idea en la noche. Un documento que fue escrito en 1940, ahí está. Yo trabajo principalmente con documentos. Pero hay historiadores a quienes no les interesa tanto qué es lo que ocurrió, sino cómo lo que ocurrió quedó grabado en la memoria del individuo. No qué pasó, sino cómo hoy en día nosotros reconstruimos lo que pasó. Si se trata del trabajo de un sociólogo, de un antropólogo social o de un experto en literatura, seguramente tendrán un interés muy fuerte en trabajar con memorias. Les interesa más la persona que los hechos históricos. Con los historiadores es al revés: nos interesan más los hechos históricos y no las personas que están reconstruyendo lo que sucedió.

NR: Por una parte, están los sobrevivientes del Holocausto y los testimonios que ellos han aportado. Luego, están los hijos y los nietos de los sobrevivientes. ¿Qué ocurre, desde la perspectiva de un investigador, frente a una y otra fuente?

DB: Es paradójico: con los sobrevivientes es más difícil hablar que con los nietos, a pesar de que los nietos no tuvieron la experiencia personal. No es fácil para un sobreviviente ubicarse, mentalmente, en la realidad en la que él sufrió. El nieto no tiene el conocimiento factual, pero tiene mucha curiosidad

de entender la macro historia. Es decir, el nieto parece más abierto a la comparación con otros hechos históricos semejantes. Con el sobreviviente es distinto. Si uno le propone comparar su experiencia con la de un armenio en 1915, o con la experiencia de un sobreviviente en Ruanda, su respuesta será, no me compares, lo que yo sufrí es incomparable. Y tiene mucha razón desde su punto de vista. Pero el científico no puede aceptar esa postura porque no le lleva a nada: en el momento en que no comparas no puedes sacar conclusiones.

NR: En términos del análisis del discurso, ¿hay una retórica del sobreviviente?

DB: Sí la hay. Hay una retórica y es justamente el tema del que venía hablando. Esa retórica dice 'no me ubiques dentro de la escala de los genocidios existentes. Dale la singularidad que se merece a mi genocidio. No quiero que me compares, no quiero estudios sociológicos sobre mí, soy un individuo que sufrió y quiero la singularidad de mi sufrimiento'.

NR: Con respecto al antisemitismo presente en la ideología nazi, ¿en qué es distinto de la corriente religiosa que provenía de la Edad Media y que tuvo notoria presencia en Europa Oriental durante el siglo XIX?

DB: El antisemitismo, en su carácter religioso, permitía seguir viviendo a cualquier judío si cambiaba de religión. Eso es lo que la Iglesia siempre dijo, es lo que predominó durante las persecuciones. Es lo que ocurrió, por ejemplo, en España. El antisemitismo religioso tenía, por decirlo de alguna manera, 'una solución'. El antisemitismo no religioso, de tipo social o económico ha dicho, no quiero verte aquí en mi país, búscate tu país, vete a Palestina o a América. En el caso de los nazis ellos no aceptan el postulado de que el judío tiene otra religión y tampoco aceptan el que, eventualmente, los judíos pudieran tener su propio país. En el pensamiento de los nazis los judíos tienen que desaparecer de la faz de la tierra porque, como ellos dicen, los judíos perturban el orden natural, no sólo en Alemania, sino en cualquier lugar en donde ellos vivan.

NR: ¿Qué han agregado las investigaciones sobre El Holocausto en los últimos diez o quince años? ¿Qué se está investigando?

DB: Hay muchas cosas significativas, pero yo destacaría principalmente dos. Una, en el campo de la cantidad y, dos, en el campo de la perspectiva. Sobre el tema de la cantidad hay algo significativo, que es la apertura de los archivos en lo que antes era el bloque soviético, porque un gran número de víctimas del Holocausto, probablemente un tercio de los 6 millones, fueron asesinados en lo que eran territorios comunistas en su momento. No teníamos acceso a las fuentes soviéticas. Había acceso a las fuentes alemanas. Ahora tenemos no sólo acceso a las fuentes soviéticas, sino a las fuentes que los soviéticos capturaron a los alemanes y también en otros lugares de Europa. Por ejemplo, encuentras que las fuentes de la comunidad judía en Salónica están Moscú. Pero esto no es sólo un problema de cantidad sino también de perspectiva: ahora es posible entender mejor. Además en los últimos quince años hay un viraje en el estudio de los actores, específicamente sobre los perpetradores. Ahora hay una menor atención sobre las figuras más importantes como Hitler, Himler o Goebbels, porque sobre ellos ya casi todo fue trabajado. No hay textos desconocidos de ellos que hayan sido descubiertos y que pudieran interpretarse y expresarse. Lo que se ha hecho es ir al nivel de los burócratas a examinar su grado de participación en el programa genocida, y tratar de entender si las tesis que fueron formuladas en su momento, por ejemplo, la de Hanna Arendt sobre la banalidad del mal, y muchas otras de distintos autores, si son válidas, si tienen algún fundamento, si hay pruebas escritas que puedan darle soporte a estas tesis.

NR: Se ha definido un triángulo conceptual que nos remite a tres figuras como los actores fundamentales del Holocausto: las víctimas, los perpetradores y los espectadores o testigos. En su opinión, ¿este esquema es de uso específico para El Holocausto o podría utilizarse y proyectarse hacia otros hechos históricos?

DB: Me parece evidente que puedes hacer uso del mismo en otros hechos de la historia. Si se toma la esclavitud, aquí puedes usar los tres vértices: las víctimas, los perpetradores y los testigos. Lo que ocurre en el caso del Holocausto es que hay dos figuras muy claras: quién es el perpetrador y quién es la víctima. El problema es con los testigos, porque a veces el testigo puede ser, a un mismo tiempo, víctima y perpetrador. Un caso conocido ocurrió en Polonia. Cuando un polaco participa en la persecución y el asesinato de los judíos, como ocurrió en aldeas de Polonia Oriental, está realizando la actividad de un perpetrador. Pero al mismo tiempo, ese polaco está siendo perseguido por los nazis. Él también es una víctima. Pero además, después de haber perpetrado un pogromo en su aldea, funciona como un testigo de lo que está ocurriendo en otros lugares de Polonia. Aquí hay una fluidez, de pasaje de un vértice a otro, que no sé si en otros casos, como en la esclavitud de los pueblos negros, puedes encontrar algo semejante.

NR: Con respecto a la figura del testigo, las investigaciones que usted conoce, ¿llegan al punto de estudiar la indiferencia, el desánimo político, la merma de la ciudadanía frente a los asuntos públicos?

DB: Sí, se trata de buscar la raíz de la conducta. Se trata de establecer las diferencias básicas de por qué una persona actúa y cuál es el grado de responsabilidad diferencial y cuál el grado de culpa diferencial. Cómo debe conducirse un ciudadano en un país que está cometiendo crímenes, si un ciudadano debe oponerse o no a leyes que son malas, o uno debe decidirse por una actitud legalista, la ley es la ley y, por lo tanto, no queda sino cumplirla porque fue promulgada por un parlamento y el asunto de su inmoralidad es otra historia. O lo contrario, un ciudadano puede decir no, no acepto en forma mecánica que la ley es la ley, aunque haya sido promulgada por la mayoría en un parlamento. Hay problemas que deben ser resueltos por filósofos y expertos en jurisprudencia. Las Leyes de Nuremberg, por ejemplo (se refiere a las leyes discriminatorias en contra del pueblo judío promulgadas en la Alemania nazi), eran legales, el parlamento alemán de entonces las aprobó. Ahora bien, ¿qué justificación tenían entonces? Todo eso está hoy en discusión.

NR: ¿Comparte usted la idea de que El Holocausto es un acontecimiento inédito y singular de la modernidad, tan radical que nos obliga, a partir de él, a repensarlo todo?

DB: Es un hito y es evidente. A partir de él hubo cambios en la comunidad de naciones frente a determinados crímenes que, antes del Holocausto, que no se juzgaban de manera específica. Era impensable, antes de 1945, que alguien que perseguía a sus propios ciudadanos fuese juzgado como ocurrió con los nazis. Sin El Holocausto no se hubiese enjuiciado a Milosevic o a Pinochet por perseguir a sus propios ciudadanos. El concepto de genocidio no existía. Hubo un cambio, sin duda alguna. El asunto de si es la modernidad la causante de este hito, es otra historia. Hay varias tesis, entre ellas la de Zygmund Bauman, que acusan a la modernidad de ser la fuente del Holocausto. Personalmente no estoy de acuerdo. Lo que hay en el nazismo es una lucha en contra de la modernidad y no una expresión de la modernidad.

NR: ¿El nazismo sería una especie de integristismo que actúa en contra de la modernidad?

DB: Claro. ¿Cuál es el acento de la modernidad? Su empeño en acentuar que todos somos iguales. En que no hay diferencias entre blancos y negros y judíos y musulmanes, todos somos iguales o todos

merecemos ser iguales. El principio de que todos somos iguales y tenemos derechos humanos es un principio básico de la modernidad. Antes no existía por las diferencias de clase, de religiones y de razas. Contra esos derechos que provienen de la Revolución Francesa, derechos como a leer, a saber, derecho a la propiedad, lucha el nazismo. La base de todo el pensamiento de los nazis es, vamos a reorganizar al mundo en base a principios raciales, que acentúen las diferencias entre los seres. Es una lucha en contra de todo lo que se logró en el siglo XVIII.

Jerusalém, Israel, 2006.

**** David Bankier** é autor e editor de *La Europa nazi y la solución final* (Editorial Lozada, Madrid, 2005), e especialista na história do nazismo, do anti-semitismo e da vida judaica na Europa e na América Latina. Catedrático de História do Holocausto na Universidade Hebraica de Jerusalém e Diretor de Pesquisa sobre o Holocausto no Yad Vashem, Israel.

* **Nelson Rivera** é jornalista em Caracas, Venezuela.